

**"MAS VALE MORIR DE PIE
QUE VIVIR DE RODILLAS"**
Dolores Ibarruri
La Pasionaria

MULTITUD



**ARTE Y CIENCIA LITERATURA
POLITICA Y POLEMICA
FILOSOFIA SOCIOLOGIA ECONOMIA
EDUCACION
TODALA ACULTURA
SEMANA A SEMANA
DIRECTOR: PABLO DE ROKHA**

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
MAR 13 1939

EDITORIAL

Ejemplo y espanto de España

La capitulación malvada de Julián Besteiro y el Coronel Casado, consuman la traición a la República Española, a España, a la democracia, a la civilización contemporánea; es el beso de Judas al pueblo, en el instante terrible y dramático en que con él, se jugaba el destino del mundo, del siglo y de la cultura, es el beso de Judas, en la hora aciaga del cáliz amargo y los últimos abandonos!...

El socialista reformista, hez de la social-democracia, y el militar traidor, emboscado en los subterráneos del ejército popular, traidor a su espada, a su nación, a su tragedia, se vendieron o se unieron, alquilándose, al general fascista, entregaron al pueblo maniatado, a la gran masa heroica, a las garras del nazi, del balilla, del moro,— tres bestias de presa—, y al complejo de inferioridad de "los nacionalistas" para consumir ya la compra-venta y la desmembración de España.

Pero, lo tremendo e indiscutible es que la traición a la España Leal, el recio y fiero pueblo del Cid, es la traición al Partido Comunista español, el partido de los héroes.

Toda la dignidad republicana y democrática, descansaba en las espaldas del gran partido marxista, en sus bases heroicas, en sus líderes de martirologio y epopeya, en sus hombronazos del Quinto Regimiento. Los oscuros tránsfugas, los mercaderes, los traficantes del honor nacional, los que hoy entregan a los fusileros, a los asesinos, a los sanguinarios psicópatas internacionales del fascio,— en todas sus formas,— a la España herida, con sus ciudades y sus mujeres desgarradas por la pata ferrada del fascismo, sí, crecieron en los bajos fondos de la 2.ª Internacional y el anarquismo, interdependientes de la gran oligarquía, del trotsquismo y del imperialismo capitalista. Precisamente, cuando se erró, fué cuando se torció o se sabotó la línea del Partido de José Díaz y La Pasionaria.

A consecuencia de no haberse oído, fundamentalmente, en los primeros años de la República, la poderosa voz unitaria del Partido Comunista español, la unidad no se efectuó en los cuadros mismos del pueblo y, de los cuadros mismos del pueblo, no ascendió a las directivas, combatiente, resonante, lo que hizo posible

Año I . Número 10 . Precio: \$ 1.-
2.ª SEMANA DE MARZO DE 1939

el asalto de las Derechas, forjado en la oligarquía militar por los aventureros del gran capital, por los gestores y los espías del filonazismo.

Ahora, la trayectoria del ateneísta desventurado, a quien le correspondió entregar, por obligación, a la ferocidad de sus explotadores, la gran victoria del pueblo, es la del ejemplar clásico del anti-marxista meritorio, del liberalismo socializante, único, racionalista, teórico y retórico de la pseudo-democracia, engendrado en las sinagogas del derecho por el derecho. Azana sabía, veía la conspiración derechista. Le constaba a él que eran los frailes los que quemaban sus conventos, que eran los frailes los que mataban sus pupilos y sacristanes, desencadenando el terror blanco, como brazo derecho de la revuelta, desencadenando el caos policial y el desorden, desencadenando "el estado revolucionario", — ¡ojos bien: "el estado revolucionario", — para echar la culpa a las izquierdas, como los nazistas, cuando incendiaron el Reichstag, para echar la culpa a Dimitroff, encarcelar a Thaelmann y precipitar la masacre sobre el valiente Partido Comunista alemán, grandemente politizado y organizado, naciéndose las víctimas de su propio crimen. Lo sabía, lo veía, pero estaba manecado en la romana, en las cábalas leguleyas. Su actitud "idealista" le acusan hoy dos millones de muertos, desde el corazón de la España desgarrada, pisoteada, aplastada de cadáveres, humillada y obligada a atornillarse en el patíbulo, por sus caudillos descarnados, rusiados por la espalda por sus propios hijos traidores. A lo largo de sus errores y de los de sus amigos del trotskismo, se escuchan galopar, primeramente, los caballos del rascio, guiados por Daladier y Chamberlain, sus palatreneros. La paz, horfada de rufián, mendigada a los asesinos amarillos, por sus cómplices y sicarios, los Bestiario y los Casado; la paz sacada, como una dual sentencia de muerte contra el Partido Comunista español y contra el pueblo, la paz tramada por los usufructuarios de la guerra — el Führer, el Duce, el militarismo japonés y las democracias puñefactas de los gobiernos traidores al Frente Popular francés y a la democracia colonial-parlamentaria inglesa, contra sus pueblos, es una paz de esclavos, es una paz en la cual se escuchan las cadenas del galeote y, — oído bien, — es una paz que implica la guerra mundial y la invasión fascista a la América indo-española.

La 5.^a Columna de la traición y el sabotaje, engordó en la división de las izquierdas republicanas, con los sub-productos de la beligerancia teórica entre sus partidos.

Sólo la unidad, la gran unidad, la unidad, DESDE LAS BASES A LAS DIRECTIVAS, DESDE LAS DIRECTIVAS A LAS BASES, la unidad en toda la línea de combate, la unidad popular, política, económica, drástica, combativa, poderosa, de todos los partidos del pueblo, de todos los partidos que estaban con la democracia, hubiera salvado a España. Porque, ahí, desde adentro de la unidad, la línea la hubiera dado el Partido auténticamente POPULAR; y las fuerzas difusas, en las que aún no se habían realizado los procesos definitivos de clarificación política, no se hubieran lanzado a la dispersión, a la descomposición, a la traición, principalmente, por no haber sido controladas, dirigidas, orientadas, conducidas, por la idea política certera, experimental del marxismo. Es el peligro de abandonar las fuerzas filiales; por esoterismo político. La táctica fundamental de la unidad, planteada,

desde el Frente Popular, consiste, principalmente, esencialmente, en un proceso de politización de las fuerzas filiales, desorientadas, y, por modo alguno, en lanzarlas al trenes demagógico; — acordaos de Van Min, con relación a Chung-Kay-Shek. Frente a frente a la reacción explotadora, el errado, el equivocado político que está con nosotros, debe ser considerado fraternalmente y jamás enostrado o humillado, porque eso es hacerle el juego a las Derechas.

La prensa podrida, es decir, la prensa fascista, o fascitizante, querra echar la epopeya desventurada del pueblo español, sobre los hombros grandiosos de Negrín, de la Pasionaria, de Alvarez del Vayo, de los militares populares, como el enorme Lister y el Campesino, sobre los hombros del grande y heroico y noble Partido Comunista español y provocar la enemistad y la persecución imbécil o desleal contra todos los Partidos Comunistas del mundo. No, confusionistas, no demagogos, no oportunistas y aventureros, no corsarios y lacayos enmascarados de los explotadores!... La gran España épica, la más heroica y grandiosa de las patrias humanas, no se hunde en sangre y horror porque las directivas fueran comunistas, sino porque las directivas no eran comunistas, no lograron ser comunistas, totalmente comunistas, genuinamente comunistas, para alcanzar la victoria.

La caída de la España Leal y Republicana se debe al divisionismo, fomentado por emboscados del fascismo internacional, contra la unidad, en las filas sagradas del pueblo; se debe a la complicidad criminal con el fascismo de los gobiernos inglés y francés, traidores a la democracia, a la HUMANIDAD y a la cultura; se debe a la invasión fascista italiana-alemana, espaldeada por el rascismo militarista japonés y por todos los bandidos, los fabricantes y los comerciantes en armamentos, los especuladores de la Banca, la Bolsa y los monopolios, los espías, los cobardes, los piratas de la capitulación amarilla; se debe al extremismo infantil de ciertos socialistas y anarquistas equivocados, contra sus bases se debe a la acción turbia, utilitaria, neutra o infame de la Iglesia y sus prelados, aliada a las fascio-democracias dictatoriales, que esconden, capciosamente, su adhesión esencial al fascismo y los gobiernos totalitarios; se debe a la traición abierta, inmunda, amarga de los negreros ESPAÑOLES de América, arrinconados entre sus baratijas y sus cachureos; se debe al fascismo nativo de la casta militar, oligárquica, de la casta cerrada y errada de los jefes, contra los soldados, contra la masa armada del ejército popular, — pueblo en armas —; se debe a que jamás se logró colocar, positivamente, las BAYONETAS detrás de las HERRAMIENTAS, en uno solo y gran paso de parada!...

La conciencia mundial está herida, manchada de humillación y congoja; el triunfo de Franco y sus hordas salvajes, significa el triunfo de la bestialidad regresiva y cavernaria, y es un puntapié en la boca a "LA CULTURA" CENTRO-EUROPEA, un azote en plena cara a los charlatanes de la democracia por la democracia, a los epígonos de "la cultura" por "la cultura", de "el arte por el arte"; ahora, los mismos esclavos y cómplices "apolíticos" del fascismo, serán barridos, entre los cañones y los fusiles, que afloran a la civilización, empuñando la quijada del Caín prehistórico.

P A B L O D E R O K H A

G U I L L E R M O Q U I N O N E Z

U B I G A C I O N D E A D O L F O H I T L E R

Engendro de asnos en perra,
sucedándose en el espanto
de alguna noche en que las bestias feroces
en pacto con las tinieblas,
asolaron las ciudades
y se festejaron en las gargantas
tibias de besos de los infantes,
y se bebieron por la cuenca de los ojos
la sangre de todos los varones de la tierra;
por eso, tu cerebro de orate
y tu corazón de chacal,
y tus manos que recuerdan
las garras del tigre sanguinario;
por eso la maldición de tu existencia
en la humanidad de hoy.

A D O L F H I T L E R
Payaso sin recursos
que espantas con la sangre de tus crímenes.
Garitero tenebroso que envileces
la grandeza y te juegas suciamente
el destino de Germania.
de Germania, la de Goethe, la de Bach,
[la de Dureró.
Escarnio de las madres de Alemania.
Vergüenza de los hombres de Alemania.
Terror de los niños de Alemania.
Orgullo de los verdugos del mundo.
Júbilo de los traidores de la tierra.
Y por tu culpa en los vientres
de las mujeres de tu raza,

hay ahora, soledad de hijos,
Ellas no quieren que sus hijos,
miren la luz que tú has mirado.
Ellas no quieren la infamia de tu estirpe.
Ellas que parieron siempre hombres,
no quieren mañana maldecir de su matriz.
Amo sin esclavos, seguido sólo
por la vileza de tu sombra.
Tu huella se ubica por el crimen,
como los estercoleros por las moscas.
Ahí en el pecho de Alemania,
tus patas, tu vientre y tu bello
obcecado en tu excremento.
A tus espaldas una tempestad:
la maldición del mundo.

CIA. DE SEGUROS LA TRANSANDINA



INCENDIO - MARITIMO
AUTOMOVILES
GARANTIAS
ACCIDENTES PERSONALES
ROBO CON FRACTURA
CRISTALES · ANIMALES FINOS

**Ternos sobre medida de casi-
mires nacionales e importados**

Grandes Facilidades de Pago

SASTRERIA

"ARGENTINA"

SAN PABLO 1279 - TELEFONO 69093

Muebles "RITZ"

SALON DE EXHIBICION Y VENTA
SAN ANTONIO 439

Teléfono 81335

Santiago de Chile

FABRICA DE MUEBLES FINOS

"LA REAL"

AVENIDA PEDRO MONTT 1559

(Edificio propio). — Teléfono 51170

Presentando este aviso, obtendrá Ud. un descuento especial

**MUEBLES DE HALL
FELPAS PARA TAPICERIA
MUEBLERIA
"LA CAPITAL"
MONEDA 952**

CANTORAL

POEMAS

Por WINETT de ROKHA

Pedidos a

Precio: \$ 5.00

Avenida Inglaterra 1241

Santiago de Chile



Fábrica de Material de Guerra del Ejército

Casilla 4100 - Santiago - Av. Pedro Montt 1606 - Fono 51011

Ofrece para entrega inmediata:

Cultivadores "FAMAE".-Construidos totalmente de acero. Sólidos, eficientes y de fácil manejo.

Arados y Repuestos "CONDOR".- Un modelo para cada zona. Un tipo para cada cultivo.

Pálas y Herramientas.- Especiales, de acero para trabajos agrícolas.

Carretillas Tubulares "FAMAE".- Las mejores y de más prestigio.

Invitamos a los agricultores a visitar nuestro Salón de Ventas en Santiago, Av. Pedro Montt 1606, donde podrán imponerse de la calidad de todos nuestros productos, características y precios.

JULVE Hnos. Ltda.

VALPARAISO: LAS HERAS, ENTRE COLON E INDEPENDENCIA

FRIGORIFICO: Ofrece al Comercio sus Cámaras Modernas. Depósito de Refrigeración: Cecinas, huevos, mantequilla, queso, jamones

TODO MUY FRESCO :: VENTAS AL DETALLE

QUICK LUNCH

PORTAL FERNANDEZ CONCHA 924

Estilo y sistema norteamericano

Té — Café — Chocolate

helados y refrescos

Platos exquisitos Lunch y comidas

HOT-DOG express

Sandwich surtidos

NOVEDAD DE LA CASA

Sandwich especiales con mayonesa

Casa Trumper

Importación Directa

Bandera 660 — Teléfono 61531

Santiago — Casilla 1032

ESPECIALIDAD EN TOCUYOS

LIENZOS, CREAS, LANAS, ETC.

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

Fábrica DE

Camisas

YALE SHIRT

— DE —

NATALIO JODORKOVSKY

SAN ANTONIO — SAN DIEGO

469

450

(Sucursal)

Ventas por mayor y menor

M U L T I T U D

SEMANARIO. DIRECTOR-GERENTE: PABLO DE ROKHA.
SANTIAGO DE CHILE, AVENIDA INGLATERRA 1241.
BARRIO INDEPENDENCIA. NO CONTRATA SUSCRIPCIONES.
LOS AVISOS SE CANCELAN CUANDO SE PUBLICAN TODOS LOS TRABAJOS SON INEDITOS Y FIRMADOS

Valparaíso - New - York

I CHAÑARAL, BARQUITOS Y ANTOFAGASTA, O LA SENSACION DE LA SOLEDAD

Poco a poco, lentamente, el ritmo agíl de las olas se ha ido estirando como el vuelo cansado de un pájaro marino, o como la curva abierta de las frutas. Un mar de plomo y de salitre, un mar de manos rotas y mordidas, un mar de lágrimas y sangre, un mar de mar y un solo llanto. Las aguas espesas y cansadas, limpiando los costados del buque y arrebatándole los moluscos, las aguas sucias de correr y libertarse, las aguas se aproximan a la costa. Entonces la tierra es amarilla, la tierra es amarilla hacia adelante. Pesada y desteñida como mujer campesina. Unos pechos enormes emergen de su vientre, y la leche le corre por la piel. El sol se quema sobre los techos aplanados de las casas, y por encima de la tierra corre un fuego de aburrimiento y de pereza. Se incendian el polvo y las arenas. Los caminos se abren como cauces de abanico y circundan las desiertas cúspides de los cerros chatos como golpe de martillo. Hay un olor a aceite, a petróleo, a sangre. De los trenes arrinconados con su cargamento de cobre y de salitre, un sopor de monedas escondidas, unos desgarradores alaridos de derrumbe, y unas manos destrozadas de obreros chilenos destrozados, de obreros que han perdido el horizonte con sus manos. Ni un ruido. Un silencio terrible, macizo, mecánico, un silencio apagado y trágico. Ni el viento, ni el humo, ni el ladrido del perro. Nada. Los pájaros hediondos del mar picatean las aguas y graznan y graznan los pájaros hediondos del mar. Millones de podridas y lúgubres plumas corren en círculo sobre las aguas como agorando el sepúlcrulo a los obreros. Las rocas negras de la costa están para sujetar a las casas y la lenta invasión de las arenas. Unas rocas sucias llenas de humo y de cosas marinas. El agua se rompe y se hace espuma hacia el sur, el agua que se torna negra con los pájaros. La tierra se dilata y siempre es amarilla y gris rugosa y trágica. En los puertos — Chañaral y Barquitos — se entra en las arenas y deja al descubierto sus nalgas sucias y callosas. El norteamericano ha sembrado pinos en la arena. Ha sembrado pinos ridículos y calzoncillos. Unos pinos como siempre: verdes, quietos, imbéciles y pinos. Las residencias blancas de los gringos están, por supuesto, frente a los pinos. Frente a los pinos y al cementerio. Un cementerio blanco como las distintas Muertes, un cementerio blanco y descarnado. Porque los obreros cuando mueren no tienen carnes. Por la ciudad, por las laderas, por la playa, por los cerros, por las aguas, por el aire, los postes, telegráficos y eléctricos corriendo hacia el salitre, hacia el corazón de Chile del año veinte. Y los hombres, negros o grises, con caras, manos, dientes y uñas sucios, subiendo por los costados de los cerros con pasos lentos y pesados como el graznar de los cuervos hambrientos.

Qué congoja sin voz, qué silencio misterioso invade y penetra, se descuelga de estos cerros macizos y opacos y llega hasta el corazón del chileno que recién comienza a entender a su país? La historia principia a brotar del norte, del chileno-chileno, del esfuerzo y de la mina. Es aquí donde debe buscarse el verdadero sentido de la raza, como en Castilla lo español. De las tierras

secas del norte, del fondo de las minas y de los intestinos del salitre grita la voz dolorida y resistente; la voz de una raza macho, sin debilidades de prostituta, que cuando quiere matar, mata, mata como valiente, enseñando a los perros nazistas la única virilidad: matar de frente para despreciar la vida.

De este norte dolorido e inmenso, que ningún novelista ha tenido fuerza para sanarlo, ha salido lo mejor de Chile en esfuerzo y trabajo. En él se han vaciado las regiones centrales y sureñas con sus mejores peones y campesinos, estos hombres que una noche cualquiera quisieron hacerse hombres y abandonaron a su patrón, a su caballo y a sus perros, para marchar hacia un futuro amarillo, terriblemente solo e incierto.

Chañaral y Barquitos, nombres hermanos que se agarran al corazón y no lo sueltan más. Un humo de congoja negra y amarilla va cubriendo las carnes y el espíritu, un humo tan trágico y humano como el prolongado aullido de los perros indígenas en las lluviosas noches del invierno del sur.

Perdidos los puertos, balanceándose y limitando el mar, las luces parpadean como estrellas terrestres, lanzando sobre la sombra compacta todo el peso y el dolor de su generación amarilla. Un arco, una línea difusa y apagada, y el mar runrunea como siempre su mojada canción de persistencia, bañando a estos puertos chilenos con sus luches, cochayuyos y pájaros hediondos. La noche inmensa descolgada por completo, y el último destello de la realidad nortina.

* * *

Más allá, mucho más allá, Antofagasta con sus obreros, sus revolucionarios, sus plazas, sus calles limpias, sus muchachas alegres y tostadas, sus prostitutas de idénticas posiciones y movimientos, sus escupitajos sonoros, sus cuidadas avenidas, sus pobres borrachos, sus niños-hombres y su hermoso cementerio donde la muerte limpia su inmundicia. El mar aquí es el mismo; pero le sobra hombría. Lleno de barcos, botes, chalupas y marineros, entrega a los vientos y a los hombres su enorme vulva de sal y confiteo. En los palos de los barcos, muy altas, algunas banderas norteamericanas con muchas estrellas imperialistas, algunas escupidas y fétricas banderas nazistas, y otra bandera italiana maldita por los vientos y ensuciada por los pájaros. Antofagasta, el pulmón vigoroso de Chile, acoge al turista y al asesino, al ratón, a la cucaracha, al nazista y al norteamericano. Los estrecha en sus brazos de creación y combate, derramando su propia sangre para cubrirlos.

Gente abierta y sincera, el corazón de este chileno no tiene pliegues. Es grande y hermoso como sus cerros henchidos, y limpio como sus pampas salitreras. Por qué, Dios mío, Chile ignora a sus hijos? Para entender a Chile hay que sentarse sobre los cerros de arena y contemplar el mar. Meterse muy adentro y comerse a puñados la arena, y el salitre, y la gracia de sus mujeres, y vomitar fuertemente sobre las banderas extrañas.

Altas chimeneas arrojan apaciblemente su savia negra bajo el cielo dolorido de esta tierra. Muchas chimeneas. Y cómo duele el "yes, yes" de los gringos! Por los aires revolotean unos cuervos extraños con sus ojos de usura, y en el horizonte de oro de los cerros la inmensa mancha de sangre de los obreros asesinados. Mirando los puños cerrados de las montañas y la cara quemada

de estos hombres, Chile se nos mete muy adentro del espíritu, los huesos y las venas. Un balazo de rabia y de tristeza nos mata la garganta para no gritar a los perros del sur; "¿por qué ladráis, sepultureros?" Chile está aquí, en el dolor del norte. El campesino imbécil del sur es el resultado de la explotación y de la encomienda. Sin hombría, con alma de oveja, egoísta, señorón feudal el hacendado, y oveja lanuda el peón rico, es la parte más negativa del país, la menos generosa, la pegada a la tierra, al queso, a la mantequilla y a los huevos, la pegada a los toros y a las vacas, la pegada al vino y a las espuelas. Y el pobre inquilino explotado y sangrando, el huaso pobre sin conciencia, el trabajador al día hambriento y nauseabundo, como una enorme interrogación en nuestra historia señorona: "¿qué hacéis conmigo, canallas?"

La historia la ha hecho el hombre del norte, el verdadero roto. No el piojoso, hambriento y haraposo granuja del conventillo ni el degenerado borracho; la ha hecho el roto auténtico, el chileno de empuje y renovación, el chileno que tiene el "horizonte en sus manos", como dice el novelista-roto, Juan Godoy; el hombre que ganó la guerra del Pacífico y perdió la Revolución del 91; el hombre muerto en las barricadas y en los motines canallas, defendiendo al pueblo, es decir, defendiéndose a sí mismo; el hombre fondeado por los gobiernos civilistas, bajo cuyas manos se esconde el puñal de los aristócratas y el veneno de los pútridos políticos del "orden". Nuestra historia no es más que un puñado de sangre "rota" lanzado valientemente sobre el suelo patrio y extranjero.

* * *

La tierra del norte reflexiona sobre sí misma, dando siempre a sus hijos, de aquí y de allá, la leche de sus pechos, el jugo de sus piernas y la sangre de sus venas. Tierra pródiga y hermana, sus robustos brazos encierran fuertemente a sus hijos, mezclándolos con los invasores del dólar y la pipa, para mecerlos rudamente al compás de una canción sin cuna, áspera, seca, solitaria y trágica.

Al alejarse el barco, el adiós de los camaradas socialistas y comunistas que desde el malecón lanzan sus puños al cielo, implorando con sus voces potentes y viriles: "Vengan por aquí de vez en cuando, camaradas".

Silenciosamente, los últimos cerros chilenos van pasando con toda la majestad terriblemente trágica de sus arenas. A veces un vientecillo, una brisa, remueven las finas arenas y levantan un humo amarillo en el horizonte, corriendo apresuradamente a perderse en las cimas más altas. Ni un ser. Ni un graznido. Arenas parejas, blandas y eternas, donde la vida no canta su canción de siempre y donde el tiempo ha cortado sus raíces.

II

MOLLEND, LIMA, CHICAMA Y TALAR O LA TRAGEDIA DEL SILENCIO

La enorme bandeja amarilla de los desiertos chilenos se ha vaciado definitivamente en las playas y en las nubes. El mar cansado no golpea las últimas puntas de nuestras costas. Un cielo plomizo y áspero limita los horizontes y obscurece los pájaros

y las aguas. Comienza a adivinarse la tragedia indígena, silenciosa, sucia y decaída, sin zapatos y llorando sus palabras. Las costas próximas son siempre altas y secas. Pero el café terroso ha reemplazado al amarillo dolorido de los desiertos. Algunas inmensas manchas blancas, reunidas pacientemente por todas las digestiones de los pájaros marinos, limpian la tierra peruana. Como siempre, las aguas pegándole al barco con sus manos repartidas y cargadas. El mar va encogiéndose su capa salada y desteñida en cortos pliegues de curvas saltadoras. Una mañana fúnebre ha roto la cáscara de la noche; una mañana sin sol y sin naufragio. Los cerros se nos acercan avanzando sin palabras. Paso a paso, metro a metro, una cabeza gigantesca de indio nos mira fijamente con toda la angustia de los siglos. Pelos largos y caídos, buscando calladamente la tierra benigna; labios secos de líneas amargas, y unos ojos tan tristemente abiertos y tan hondos, que el silencio cae definitivamente con sus brazos rotos. El Perú incaico está aquí, en su tierra seca, sus complicados y poblados cementerios, sus cielos metálicos, sus cerros pelados y sin pájaros, y sus indios agonizando bajo los tristes ponchos empalidecidos.

Mollendo se inicia súbitamente en la mañana con un ruido de olas rotas quebrándose y matándose. Costas altas y oscuras, costas rocosas y verticales, Mollendo se sube sobre la tierra con su grupo apiñado de casas verdes, rojas y blancas, apretándose y apretándose para resistir los fuertes vientos y las lluvias. Inclínándose hacia el mar y escapándose por los cerros, este puerto hechiza con su silencio y duele con su silencio. Es un puerto gris con su iglesia de cansado campanario, un puerto sin marinos y con indias. Calles cortándose de repente, con subidas y bajadas, es una rara jerigonza geométrica sin fórmula. El mar le maltrata eternamente sus pilones de costa y le moja las últimas aristas a los acantilados. Los vientos lo sacuden de noche con el azote implacable de sus cuerdas indígenas.

Mollendo, con toda su tristeza de puerto indio, ha vaciado sus hombres en el mar, sobre los botes, las lanchas y las chatas. Unos hombres tostados por el cobre del sol, bajos, macizos y silenciosos, y tan profundamente tristes como los caballos y los perros. Unos puños duros y brillantes empujan lentamente los remos, y unos ojos asustados o indiferentes en caras resignadas interpretan a la gente del buque. El indio peruano nos trae sus tejidos y objetos de arte con todo el desprecio de las grandes razas vencidas. El indio pasa calladamente, con su mutismo de tierra, mientras peruanos comerciantes gritan y discuten en la lengua y el gesto universales de los mercaderes. Choapinos, cueros, fajas, mantas, alcancías, perchas, cigarreras, monos y cinturones, se tienden sobre el barco a esperar los dedos rubios y partidos de las norteamericanas. Discuten las gringas en inglés, y el indio las mira como a hormigas o vacas, como a pájaros o chimeneas. Y siempre el mar cantando su canción sobre las olas. Gaviotas negras, plomizas y blancas picotean las aguas rizadas del puerto. Sobre los botes mañaneros los músculos estirados de los cargadores indígenas. A lo lejos, el pesado humo de una fábrica.

* * *

El indio peruano tiene en sus ojos el maravilloso secreto del silencio. En sus ojos y en sus labios. Su risa, cuando ríe, es una honda evocación incáica, una pena cósmica que corta. Las canciones indias son tristes, son sollozos, son lamentos. La embriaguez del indio es triste, es sollozo, es lamento. La figura del indio es triste, el sollozo, es lamento. Y la muerte del indio es tristemente silenciosa. El indio embriagado llora y se duele. El indio baila llorando sus rogativas al sol. El indio ama con su tristeza atávica de raza explotada y envilecida. El indio no tiene padres.

Haya de la Torre ha comprendido la verdadera realidad peruana en la solución del problema indígena. Haya de la Torre es el padrecito de los indios. Y cómo se levanta su figura de granito en medio de estas tierras grises y lloradas! Defensor de una raza y de un pueblo, resucitador de una civilización, este egregio luchador, con su nariz aguileña y sus ojos de águila, se mueve simbólicamente por las sierras del Perú, por las calles del Perú, por las casas del Perú, por los valles del Perú, por los desiertos del Perú, por las cárceles del Perú, y se cubre de ponchos y balazos, Víctor Raúl Haya de la Torre sobre el Perú, vo-

* * *

Atrás ha quedado Mollendo con sus manchas de guano, su iglesia desteñida y su mar metálico. El indio va con nosotros a lo largo del Perú, va con nosotros sangrándose.

El mar, y siempre el mar con su compás infinito, suavizando las emociones y afinando el espíritu. Los pájaros ya no vuelan ni graznan ya los pájaros. Una noche dura y espesa, una noche sin estrellas, tristemente sobre el barco. Las olas se parten contra los costados del buque y la popa, y la llovizna de sus crestas se desmaya en las bordas.

De nuevo, en la mañana, la cinta mate de la costa corriendo hacia el Callao, doblándose hacia Lima. Un cielo más claro, más azul, se va abriendo como una gran fruta madurando. Una fruta sin pepas y sin jugo. Una fruta que no es fruta. Algunos alcatraces se levantan desde las aguas para correr hacia el cielo y deslizarse, en seguida, hacia los peces.

Callao está al frente, con su malecón alargado, limitando la bodega. Un puerto tranquilo abierto sobre el Pacífico como un molusco cariacontecido. Y el mismo silencio monótono y trágico, las mismas indias pálidas y flacuchas amamantando a sus críos, arrojadas a las puertas, con sus ojos asustados y cuerpos endebles. Pequeñas casas recortan sus colores a orillas de las calles empedradas, luchando la arquitectura casera de todos nuestros pueblos, de estilo sin estilo, con la sombríamente indígena de balcones y segundos pisos saliéndose de madre. Unos cuantos coches cruzan cansadamente, mientras el sonoro rodar de los carros eléctricos ingleses horada el silencio, dirigiendo sus timbres hacia Lima. Gente apacible y sombría, Callao es un puerto sin luz en medio de los rostros terrosos de los indios.

En el tranvía que nos dirige a Lima, caras de todos los días, caras de cansancio y aburrimiento, caras de "señoritas" ridícu-

las como todas las señoritas de "su casa" y "la mamá". Afuera de las ventanillas, el paisaje verde de la llanura dividiéndose los dedos. Verde y verde, los árboles esbozan sus figuras en el espacio como esqueletos florecidos. Al frente, las primeras casas de Lima, casas viejas y descoloridas como todas las primeras casas. Y, en seguida, los primeros grandes y modernos edificios de la capital del silencio. Plazas hermosas y limpias, calles anchas y estrechas, excelentes edificios públicos y una inmunda cárcel pública. Las iglesias siembran su rosario de campanadas al mediodía y en los atardeceres, cuando la hora es más propicia — por el cansancio del trabajo — para cantar y reclamar a Dios. La arquitectura auténticamente peruana es la misma en todas las casas coloniales de porte rancio y aristocrático. Ahora la aristocracia se ha ido a Miraflores, barrio de hermosísimas residencias, de hermosos "bungalows", de gente prostituida que vende miserablemente a su país al extranjero y levanta sobre las llagas del Perú una construcción perfumada de olores asesinos. En la punta opuesta, los barrios de los pobres cholos que arrastran su miseria por las calles abiertas a todos los vientos, a todos los coches, a todos los turistas que buscan "reliquias históricas", y a todos los perros enfermos y hediondos. En todas partes, sin embargo, el mismo silencio trágico y terrible, la misma interrogación muda frente al palacio presidencial, donde un hombre angosto y estrecho tiraniza a un pueblo y lo desangra. Algunos obreros trabajan en este mismo palacio la "reconstrucción nacional arquitectónica" vigilados por los ridículos policías peruanos, vestidos con colores de prostituta, que le hacen perder su dignidad y su entereza varonil. La gente del Perú pasa por una tragedia formidable, donde el asesino se esconde en el silencio para matar a un pueblo.

Lima no tiene juventud. Los estudiantes no gritan, no ríen, no pelean. Sus bocas están mudas. Sus ojos no miran. Si uno los interroga se niegan a hablar o se excusan yéndose. Sólo los jóvenes apristas desconocidos de los policías charlan dolorosamente sobre su patria, en las calles solitarias, en los rincones pobres, cerca de las iglesias o en la cárcel. El Perú está amordazado. Y andan muchos policías y militares para ser una República libre. Todo el encanto histórico de Lima se está ahogando en el silencio.

* * *

El mar está tranquilo y silencioso. La gente se reúne en el malecón para despedir a los amigos. Todos están callados y tristes, excepto Bermúdez, el nicaragüense. Y de repente, matando el aire, el grito de guerra de los imperialistas japoneses. La noche de nuevo sobre el corazón del buque y de los hombres. Una noche más noche que todas las noches, un silencio de campaña enmudecida.

El sol del mediodía ha enderezado sus rayos hacia la tierra, tñendo el cielo con sus plumas amarillas. Rodeando a Chicama, puerto dulce, puerto de azúcar, de mucha azúcar, extrañas columnas de tierra como indios petrificados. Dos líneas tendidas, largas y polvorientas, forman este pueblo miserable abandonado de Dios y de los hombres. La arena se ha metido hasta las casas, y el excremento de los niños, de los

hombres y de las mujeres, tendido en las calles como hojas secas de otoño. Las viviendas son unos pequeños cuadrados de tablas sucias, donde van a mear los chiquillos y los burros con sus vientres frente al mar. En la última punta del pueblo, en medio de los excrementos, las hermosas hembras peruanas beben chicha frente a sus casas y, sentadas en el suelo, dan leche a sus críos, descubriendo sus robustos pechos bronceados como enormes manzanas. Una bandada de muchachos corretea por las calles ensuciándose con arena. Los burros mean tranquilamente al lado de las casas. Y cuántos chiquillos con sus corazoncitos de pájaro, corriendo! En estos puertos el amor se prodiga con gorjeos de abundancia, en las camas, en los botes, en la arena, sobre las calles.

En una de tantas casas, la escuela pequeña para albergar a doscientos o más chiquillos, con sus carteles pintados y sus monos históricos, con el Huáscar y Grau, y con la vida de los santos en estampas bíblicas. Y en inglés! Y el profesor Romero, el viejito más simpático del Perú, interpreta estos monos recordando las enseñanzas de su madre peruana, porque él no sabe inglés. De las paredes, muchas figuras de papeles variados con su cabo de vela en el centro, esperando la llegada de la noche para iniciar la procesión pueblerina. Un montón de muchachos, negros, blancos y amarillos, lisos, ondeados y zambos, invaden la única pieza de la escuela y se apoderan de las figuras y de los faroles para dirigirse al malecón a iniciar el desfile de luces por esta triste calle silenciosa. El profesor Romero, con su cara de ruso y sus enormes bigotes gorkianos, marca el paso a sus alumnos y los corrige en la formación. Viejito, inclinado, completamente blanco y miserablemente pobre, espera su jubilación desde hace cinco o seis años, enseñando a los chiquillos en su mugriento silabario jamás renovado.

Por la orilla del mar, desde el desembarcadero, comienza a desfilar la procesión infantil. Los faroles encendidos, los chiquillos y su profesor, entristecen la noche y el mar. Un viento suave agita las velas y sacude las aguas. Agachados, taciturnos, los niños cruzan la calle con sus pasos de perro mojado, y se pierden en la sombra. A lo lejos, en medio del mar, el buque completamente iluminado como gaviota enjoyada, guiñando sus ojos verdes y rojos sobre las aguas y en la obscuridad Chicama, silenciosamente, borrándose con los enormes bigotes del profesor Romero.

Desde cubierta, el puerto triste del azúcar, con un mar tranquilo y solitario, mecido en las noches por el ritmo de las olas acentuadas. Las luces del pueblo brillan como peces encendidos y un vienteillo suave mueve las velas de los botes nocturnos. Hace frío.

* * *

Adelante, las aguas y las aguas desaguándose. Espesas y apretadas, se estiran y se encogen como muslos de hembra ardiendo. Inmensas aguas solas, "sin costumbre ni tiempo", donde van a fijar los peces sus huevos y sus ojos. Verdes y azules, frecuentemente blancas, las luces del buque las cercenan, y más allá, la noche abierta a todos los caminos.

Un olor a aceite largo y desprendido, un aire enrarecido y difícil por encima de

la noche, de la mañana y de la tarde. Un prolongado olor a petróleo hacia adelante. Y Talara, dividido y limitado, Talara, puerto petrolero, Talara, estado yanqui, en la costa del Perú como una vergüenza nacional. En lo alto de los cerros, la ciudad rubia con árboles y flores, pájaros y ventanas. Los norteamericanos han bajado del buque para visitar a su tierra y a sus hijos; los norteamericanos han bajado del buque para ver a su país. ¿Y el Perú? ¿Dónde está esa tierra que buscamos? Más allá, más afuera, al otro lado del petróleo, lejos de los pozos petrolíferos, pero la sangre peruana está adentro del petróleo. Por eso el humo ahoga y duele. Por eso se respira sangre en este puerto tropical invertido. Blancos títulos en inglés muestran al peruano la dirección del tráfico y el camino al cementerio. Blancos títulos como las hermosas casas de los trabajadores, y como la limpia ropa blanca de los niños. Talara es uno de los puertos más limpios del Pacífico. Hasta la cara negra de los indios la han blanqueado estos gringos! Por todas partes, los niños alegres y felices, los padres alegres y felices, los comerciantes alegres y felices, y los norteamericanos alegres y felices. Talara no tiene pena, ni sufre, ni llora. Talara está aprendiendo inglés con una excelente nodriza. La escuela es un edificio sencillamente admirable, con buenos profesores pagados en libras y dólares; salas hermosas y amplias, higiénicas y provistas con un perfecto material de trabajo — fíjate bien, pobre Romero, modesto profesor peruano — salas limpias y cómodas, con útiles: lápices, cuadernos, borradores, pizarras y bancos para sentarse, pobre Romero, con libras y dólares los profesores peruanos, pobre Romero, mucha historia en castellano y calaveras de indios incaicos. Y la escuela la paga el Tío Sam, pobre Romero, para que estudien los peruanos a su país y lo entiendan y lo quieran bajo la dominación norteamericana, inglesa y japonesa, pobre Romero!

¿Dónde está el Perú en este puerto? Ahí, en el mercado, en medio de las frutas tropicales, tostándose en la cara morena de sus hijos y mostrándose en las canastas color de tierra; en las muchachas sonriendo con sus hermosos dientes blancos y las naranjas partiéndose en sus bocas pulposas, bañándose la cara en jugo claro y oloroso. Perú está ahí, de fiesta, celebrando su historia, con su bandera flameando, con sus hombres arrimados a las paredes, charlando. Perú está en esa india que lleva a la espalda a su pequeño indio y un cántaro de agua en sus manos. Perú está más allá de ahí, hacia las sierras, por sobre la electricidad y el petróleo yanqui. Perú está más allá de la costa, hacia adentro, sin rótulos en inglés y comiéndose su propio petróleo.

Talara, el puerto norteamericano clavado como un puñal en el riñón del Perú, es risueño y alegre. Es el símbolo del Perú nuevo, cuando Haya de la Torre conduzca a su pueblo a la victoria por el camino de la revolución. Cuando el peruano comprenda al indio y su tristeza atávica para transformarlo en artesano y productor con oficio, cuando se abraza la sangre peruana por encima del llano, del desierto y la llanura, barriendo a los traidores de la capital y de

todas partes que venden a su patria para construirse un "bungalow".

El Perú tiene que romperse como un huevo podrido para purificar su vida fuera del silencio trágico que lo ahoga.

III

GUAYAQUIL, O LA PEREZA SENSUAL

El mar se ha prolongado, con sus aguas y raíces, selva adentro. Sin viento, sin monos y sin cocodrilos, el Guayas va estirando sus caderas por esta tierra caliente, adormecida. Su faja lisa y apretada, cordón umbilical del Ecuador, zigzaguea runruneando su pereza de placenta. El sol cae con sus manos llenas de doradas espigas, sembrando el suelo y el aire de colores compactos y parejos. El verde profundo de la selva dilatándose, torciéndose y alargándose por las orillas del río, de las islas, de la tierra y del cielo. El trópico no se mueve. Las altas palmeras de troncos secos duermen su cansancio de cintura y los puñales de sus hojas apuntan mansamente a la tierra. Un coco inmenso se desprende de repente, y las lombrices dejan de andar sus vientres húmedos y brillantes. Los troncos rugosos de los árboles han tejido una malla impenetrable frente al río. Un tejido de ramas, troncos y lagartos para pelear con las aguas. Y más arriba, las cabezas monótonas de las palmas mirándose los pies. Por el aire cruzan algunos pájaros sucios, picoteando el aire estéril, sin rocío.

El Guayas se despierta, cortando sus propias aguas oscuras y verdes; aguas de algas y cáscaras de plátanos, aguas frutales y alimenticias para los pájaros y los indios. Corre sin variedad, al pie de los plátanos, palmas, naranjos y árboles raros de flores rojas y terribles donde los mosquitos rompen sus alas negras y sonoras. El verde, siempre el verde sin tabiques, bajo el cielo que principia a teñirse de azul, como las negras empleadas en las casas de los ricos. La selva es baja, una selva plana y sensual, una selva sin animales históricos, una selva silenciosa, de eterna noche bajo sus ramas.

Las primeras cabañas descoloridas de los indios se han clavado detrás de las grandes palmas y cañas, a la orilla del río. Se han clavado al pie de las palmas para recibir los cocos, y a orilla del río para comerse los peces. Son cabañas tristes y calladas, cabañas con pies de cañas, tabiques de cañas y techo de cañas. El indio las ha ensuciado con su cara sin color, aunque sucia, y con sus manos lentas las ha puesto en pie, como un terrón seco y desteñido. Casas doloridas y sucias, casas para vivir lagartijas, sapos, culebras, ratones y lombrices. Y en las noches, para guardar la piel cansada de los indios que regresan comiéndose un plátano inconsiderado con sus dientes amarillos. De los cordeles hinchándose, algunos calzoncillos y camisas con su figura trágica y extraña, oreándose y mostrando sus angostas piernas y sus mangas remendadas. A veces, la negra con todo su color, con sus ancas robustas y sus pechos saliéndose, mirando el barco con su boca sensual y ojos de esperma. Los chiquillos, desnudos y mugrientos, con tierra y moscas en el ombligo, comen y mean los plátanos y las naranjas, en silencio. Animales cortos y pequeños, los caballos se agachan o se rascan el cuello contra la cintura de las

palmas. Caballos sucios como los indios y miserables como los indios. Y el Guayas pasando y deslizándose con sus aguas oscuras y carcomidas, el Guayas bañando las riberas y las casas de los pobres. Costas próximas a la ciudad, introduciendo a Guayaquil, costas cargadas de plátanos y de mugre, costas recargadas de indios tendidos y botados, sobre los cuales revolotean las moscas asquerosas y los zancudos, ensuciándoles los dientes y la boca y chupándoles la saliva. Los indios duermen con sus vientres estirados y sus piernas metidas en el agua; los indios duermen con la boca abierta y soplan como fuelles deteriorados. El sudor les corre por la cara y la mugre por todas partes. En cueros, con pedazos de pantalones cosmopolitas, se dejan llevar por el ritmo pesado de las aguas lentas, y se envuelven con cáscaras de plátanos para librarse del sol. La pereza los amordaza y los amarta, se los come con huesos y sangre, a estos indios anémicos desteñidos.

Los primeros barcos comerciales se mueven con sus cargamentos frutales, flameando sobre los hermosos plátanos verdes la universal bandera norteamericana. Se mueven pesadamente, con importancia, estos barcos que arrojan humo y ensucian la ciudad con sus escupos rubios. Menudos botes se arrojan sobre las playas, conducidos por las aguas, sin vida ni remeros. Grandes chatas cargadas con plátanos y plátanos, grandes chatas deformes por las orillas del río, desprendiéndose. Los muchachos, desde las casas de varios pisos nauseabundos y mugrientos, pisos para guardar las inmundicias de los pobres, arrojan cáscaras al agua y gritan su lengua mascada y seca. Perros flacos y caídos ladran apenas con los ojos. Y los indios pasan, las primeras chimeneas pasan, y las fábricas. El río se ha cubierto de desperdicios al entrar a la ciudad. Conventillos viejos y apretados, albergues para los miserables hombres del río, casas tropicales inconsistentes, y las líneas de la ciudad partida iniciándose en el agua. Las mujeres lavan y crían muchachos, o se abanicán con patas de gusanos podridos. Respiran lo mismo que los hombres, y como ellos, duermen con la boca abierta. Las moscas y los zancudos se paran sobre sus pechos.

* * *

Guayaquil se levanta con sus cuantos pisos, sobre el llano y el cerro. En el puerto, la misma gente que recibe a los mismos barcos. Soñolientos, durmiéndose, muestran sus botes vacíos y sus lanchas. En el malecón, los comerciantes indígenas ofrecen sus flechas, sus arcos, plumas, monos, lagartijas, sombreros, cajas y muchas cosas más que compran las norteamericanas y los chilenos. Caras de indiferencia y de cansancio, el aburrimiento se les salta por los pantalones. Estos puertos no son puertos de marineros; son puertos de comerciantes y de indios cansados. Los yanquis insolentes apuntan sus anteojos y sus cañones sobre los pasajeros, lavando los buques de guerra con sus manos de pelos rubios, estos yanquis descendientes de monos especiales.

La larga avenida del puerto, y Guayaquil con sus primeras palmeras sin cocos; Guayaquil durmiendo sobre su vientre sensual acostumbrado. Las calles y las casas son blancas, y los pantalones, las chaquetas y las gorras de los ridículos policías completamente sucios. Un sable larguísimo les

cuelga a algunos, un sable para matar perros y políticos de izquierda. Los militares más ridículos del mundo están en Guayaquil. Cabalgan caballos brutos y viejos, cabalgan burros en monturas cortas, y la tropa marcha con una cara tan estúpida, que a veces parecen verdaderos militares. Adelante, descubriéndose, el comercio con sus tiendas gitanas y variadas, con sus casas de corredores y pilones, con sus paraguas de madera para ahorrarse el sol. Botados en las sillas, los mercaderes fumando y soplando, los mercaderes llenos de sudor amarillo y hediondo. Por las calles, todos los hombres y las mujeres blancos, blancos por completo, en camisa, en enaguas, andando sobre piernas mecánicas y tiesas. Las caderas de las muas y de las blancas se mueven como todas las caderas, con descaro. Caderas pródigas y fáciles, caderas de plátanos regordidos, el cuneo sensual se les exhala en bocanadas tibias. Detrás de las ventanas cubiertas de mallas para detener a las moscas y a los zancudos, todas las mujeres de la casa reunidas para tejer y mirar en silencio. También negras, negras que se acercan con su olor y con sus pechos, negras que se entregan en lechos endebles y sonoros.

El burgués en Guayaquil bebe sobre mesas limpias y en la calle. Bebe jugos frutales, chocolate, leche, sangre y otros jugos nacionales. En seguida paga y se va a beber al frente.

El centro de Guayaquil es blanco y limpio, un centro comercial de casas nuevas, un centro burgués y señorón para que beban los tenientes, los capitanes y los políticos de la ciudad, exhibiéndose. En este lugar los policías ridículos no existen dirigiendo un tráfico cansado y aburrido. Están más allá, en las esquinas del puerto y en los alrededores para vergüenza de los pobres.

En los barrios de Guayaquil, Dios mío! toda la mugre y la miseria del mundo. Sin embargo, los plátanos cuelgan de todas partes, los plátanos hermosos y fritos, junto a las piñas acostumbradas a mostrarse con su sexo invertido. Las negras y mulatas, las indias, transpirando y cociendo frutas a orilla de la calle. Niños, muchos niños chiquitos y negritos van al mercado popular a comerse una banana o una naranja. A rás, o ros niños chiquitos y negritos, en este puerto donde se afila de noche, después de medianoche, con tranquilidad y pereza. Y sin ropas.

En la punta de la ciudad, el cementerio limpio, cuidado y hermoso, el cementerio lleno de palmas, y árboles, y flores y pájaros cantores, un cementerio con muchas tumbas y estatuas de héroes nacionales que han hecho del Ecuador una gran callampa adormecida.

* * *

Guayaquil, azanzada tropical del caliente Ecuador, muestra en sus calles y en sus casas la profunda división social, donde una clase de blancos y mulatos enriquecidos disfruta del país y administra sus feudos bananeros, cafeteros y pordioseros con entero desprecio y cómodo. Una política de familias y vecinos, una inmundicia administrativa de caciques gordos y sudorientos, una aparición de militares indios, tiesos y almidonados, que emplean sus armas mugrientas para matar al pueblo, unos militares que no saben matar en los campos de batalla, sino en los apacibles lugares campe-

sinos y en las casas obreras. Estos soldados y ricacheros, ladrando, muerden las pantorrillas del indio y le roban la banana al pobre. Y se la comen. Y el indio abandonado, solo, cochino, hambriento y enfermo, cultivando una tierra, sangrando una tierra que no es suya, que es de Norteamérica o del general Manoplá, que es del capitán Cuchillo y del sargento Casaca, que se la comen enterita ellos, sus mujeres, sus perros y sus hijas putas.

Guayaquil, sucio y mugriento Guayaquil, atrás, con tu podredumbre pobre y bonito barrio comercial; Guayaquil, con tu lindo y apacible cementerio; Guayaquil, con tus militares y policías ridículos; Guayaquil, con tus chiquillos comiendo cáscaras y meando frente al río; Guayaquil, con tus mujeres completamente sexuales y soporíferas; Guayaquil, con tus barcos ingleses, norteamericanos, alemanes e italianos; Guayaquil, ensuciado por las aguas y plantado en la costa como un fusil apuntando a tu propio corazón!

Atrás, muy atrás, perdiéndose en sus casas, poco a poco, pasando las últimas cabañas indígenas, las últimas palmas, los últimos plátanos y las canoas finales de los indios que vuelven cansados a tenderse bajo los árboles y sobre las cañas de sus chozas, el puerto ecuatoriano adormecido, el puerto tropical envilecido, el lindo y sucio puerto americano!

11

BUENAVENTURA, O EL OMBLIGO NEGRO

El verde de las selvas ecuatorianas se ha ido espesando sobre el mar. Unas aguas más gruesas y teñidas resisten al buque, unas aguas sensuales y movidas. Los mismos pájaros universales graznando y picoteando, los mismos solos pájaros sobre las aguas verdes. Frente al buque, muy lejos, la tierra acercándose. Una tierra verde y lujuriosa, una tierra de cortadas estampas colombianas, una tierra de grandes flores rojas a la orilla de los senderos y ropa oreándose afuera de las casas. La lluvia fina cae como malla húmeda sobre los blancos trajes de la gente. Lluvia tropical, amanecida y caliente en medio de la selva y de los árboles. Una lluvia persistente y silenciosa, sin viento y frente al mar. Y esta misma lluvia parada de repente, esta misma lluvia bebida por el sol y los lagartos.

Las primeras caras colombianas, cetrinas y chupadas, caras de sensualismo trasnochado, a la orilla del malecón, esperando. Los gritos familiares, cortando el viento, saludándose. Siempre los mismos gritos al llegar a los puertos, gritos de espera, gritos de vigílas, gritos ansiados y preparados largamente frente a los espejos. Y más allá, sobre el pasto y la tierra, los negros allá, dos de las caras negras, los negros completamente oscuros lavando sus ropas humanas cerca de las ventanas abiertas como vulva de pez. Radios, muchas radios rebajando el aire de esta tarde intrépida y hedionda a carne sucia y no bañada. Colgando de las barandas, de las puertas, de los árboles y de los excusados, las radios con su música insufrible, con su música manejada por los negros y cantada por los negros con su voz cartúcha. Los caminos se suben por la ciudad y se bajan por la ciudad, unos ca-

UNA GRAN INDUSTRIA NACIONAL

al servicio del progreso urbano y de la clase obrera

La Compañía de Gas de Santiago, remonta su historia al año 1866. Está, pues, entroncada en la entraña misma de la vida santiaguina, en sus cos'umbres, en sus tradiciones y leyendas, y su desarrollo va asociado, íntimamente, al de la capital de Chile, en las noches de gala de la Opera, en el Municipal, a la iluminación A GIORNO de las noches históricas del Centenario. Es que la Compañía de Gas de Santiago, FORMADA POR CAPITAL ESENCIALMENTE CHILENO, respira chilenidad y es un gran esfuerzo enaltecedor de la industria criolla.

Hoy por hoy, la poderosa Compañía Chilena de Consumidores de Gas, de Santiago, es una gran central industrial, digna de las más modernas capitales del mundo.

Sus servicios con conocidos, vastamente, de todos los santiaguinos, los artículos de uso familiar y doméstico que ofrece llevan el sello de garantía que dan el crédito y la experiencia, y todas las dueñas de casa de la ciudad de Don Pedro de Valdivia y don Benjamín Vicuña Mackenna, conocen a fondo su gestión urbana.

Es por eso, que vamos a destacar aquí, principalmente, LA OBRA SOCIAL DE LA COMPAÑIA, orientada por su Consejo Directivo y llevada a la práctica concienzudamente, por su Gerente, don Pedro Errázuriz Tagle, GRAN ANIMADOR DE SU ACCION OBRERA.

El Consejo, en sesión de 7 de Julio de 1937 acordó construir un edificio de concreto armado, moderno, de 3 pisos, con subterráneo, que viniera a reemplazar el antiguo taller de la Oficina Central, construido hace 35 años. Está terminado, y es un gran edificio de la época: ventilado, con espléndida iluminación, higiénico. Allí se hará la armadura, revisión y composición de las cocinas, calentadores de horno, estufas, anafes, lámparas, etc.; existen salas de dibujo, para la elaboración de planos de casas particulares y presupuestos de clientes, que piden instalaciones de cañerías, modificación en los actuales servicios, etc.

Pero, uno de los objetivos centrales, que determinaron en la Compañía, la construcción de este taller es el de AMPLIAR LOS BENEFICIOS SOCIALES A SUS EMPLEADOS Y OPERARIOS, llenando así una finalidad de servicio colectivo y cooperación, que está en la índole misma de ésta INDUSTRIA GENUINAMENTE CHILENA, HIJA DEL ESFUERZO DEL CAPITAL CHILENO Y LOS OBREROS CHILENOS.

El Departamento de Bienestar Social orienta su trayectoria dentro de la legislación respectiva, tratando de encontrar en la ley la condición humana y positiva de su aplicación y convivencia. La Caja de Previsión de los empleados, les hace préstamos de auxilio, a corto plazo, y préstamos hipotecarios, a largo plazo, lo que ha convertido en propietarios a casi todos los empleados, pues poseen su casa-habitación, como consecuencia de éste ritmo social que da la Compañía a su desarrollo. Anexo

a los servicios de previsión, existe un servicio de jubilación, financiado con el aporte de la Compañía y los empleados, ya en vigencia, desde hace un año, el que garantiza los últimos años a los servidores de la Compañía. Un almacén económico ofrece a empleados y operarios toda clase de provisiones y menestras, a precio de costo, en plaza, lo que les pone a cubierto de la especulación de los intermediarios poco escrupulosos, ofreciéndoles, además, la legitimidad garantida de los artículos de consumo. Convencida la Compañía de la significación social y moral del deporte, mantiene canchas de tennis, de football, de basketball, de cricket, etc. La Policlínica José Tomás Urmeneta, nacida en memoria del fundador de la Compañía, en donde las familias de los operarios reciben toda clase de atención médica costeada por la Compañía, reitera el espíritu de cooperación que orienta a la industria que nos ocupa. Pero sus servicios de medicina preventiva, creados en conformidad a la ley, recientemente promulgada, han originado la implantación de un servicio médico integral, para los empleados y sus familiares. Por otra parte, la Compañía ha adquirido, en la calle Antonio Varas, frente a frente a la Fábrica, un lote de terreno con capacidad suficiente para levantar en él una gran población obrera, que venga a llenar la necesidad sentida de domiciliar humanamente a sus colaboradores manuales. DESDE MUCHO ANTES QUE SE ESTABLECIESE LA LEY RESPECTIVA, LA COMPAÑIA, PAGABA UN SUBSIDIO FAMILIAR, MAS ALTO QUE EL LEGAL Y LOS MAS ALTOS SALARIOS DE LA REPUBLICA. Próximamente la Quinta Sección inaugurará una nueva casa de retortas, con un gran gasómetro con capacidad para 120 mil metros cúbicos de gas, y con un costo de 20 millones de pesos, lo que expresa el ascenso creciente de la Compañía.

Basada en EL ENORME AUMENTO DE LOS CONSUMO, el que ha originado, naturalmente, LA AMPLIACION INDUSTRIAL DE LA COMPAÑIA, cuya capacidad actual de producción es de 234.000 m³. en las 24 horas y cuya sollicitación de servicios alcanzó el 1938 a la cifra exacta de producción, es decir, a 234.000 m³. en las 24 horas. LA COMPAÑIA HA RESUELTO UN AUMENTO DE CAPITAL, mediante la emisión de 400.000 acciones, con un valor nominal de \$ 50.— cada una, 325.000 serán entregadas a los accionistas, en proporción de 1 por cada 2 de las actuales, teniendo derecho a suscribirlas, las personas que fueren accionistas desde el 24 de Febrero de 1939. El Consejo ha sido autorizado para colocar 25.000 al precio mínimo de \$ 60.— c/u, dentro del plazo de un año, y para colocar el saldo de 50.000, en el plazo de 3 años, al precio mínimo señalado. Los accionistas que compren acciones, pagarán el 50% en Abril de 1939 y el 50% restante en Octubre de 1939.

DOMINGO MADARIAGA RAMIREZ.

Santiago, 7 de Febrero de 1939.

El Fracaso de la Política Parcelaria en nuestro país

La política parcelaria implantada en nuestro país como una de las soluciones más eficaces al problema de la tierra, loada por una propaganda a base de datos falsos, explotando para su éxito principios ilusorios de la constitución de la pequeña propiedad rural, se derrumba del pedestal que el espíritu latifundista, semi feudal y ultra reaccionario le levantara.

No podía mantenerse por más tiempo una mentira social y económica tan inmensa y perjudicial a los intereses del país, como es la subdivisión de la tierra; el fracaso amplio experimentado por cientos de colonos tarde que temprano debía descubrirla. Afortunadamente, el despertar del pueblo ha precipitado ese hecho, presentándonos en todas sus desnudeces monstruosas la aberración social económica que entraña la parcelación de los grandes fundos.

El título de propiedad entregado a los parceleros no pasa de ser una utopía. Se le entrega un número de hectáreas encarecidas casi en un 100% de su valor primitivo por la realización de costosas obras de regadío, cierros, caminos interiores, etc. contra una cuota al contado. Queda adeudando un 90% de su precio, más los préstamos que les son concedidos para financiar las obras referidas, lo que implica el contraer una nueva deuda equivalente más o menos al 50% del precio fijado a la parcela, o sea, que el colono es propietario de un predio que lo debe íntegramente y que vendrá a ser suyo más o menos al término de 50 años.

Es mayor aún el engaño si consideramos que de todos los fundos parcelados, la inmensa mayoría son de terrenos muy pobres, con riego escaso y otros defectos agrícolas que hacen que su explotación por parcela, individualista, no rinda lo suficiente para servir las deudas contraídas ni para la mantención de una familia de cuatro o más miembros.

Para justificar una política de esta naturaleza se cita como ejemplo la Colonia "Peñaflor", explotada en la fruticultura, pero, en cambio, nada se dice de la Colonia "Bonquén" donde se ha tenido que subsidiar con una cuota semanal a los colonos para que puedan vivir; ni se nombran las de "Puangue", "Las Lumbreras", "Llo-Lleo", "Nupangue", "Monte Aguila", y tantas otras donde el

colono hace esfuerzos sobre humanos por mantenerse y, que a la larga, si no se va en su ayuda, terminará por arruinarse.

Esto es en cuanto al problema considerado en forma individual.

Para la economía general, la parcelación de un fundo en estas condiciones es negativa, pues, mientras se subdivide el predio, se ejecutan los caminos, las obras de regadío, obras de arte, los terrenos permanecen improductivos en gran parte a veces por un año o más, como sucede en las Colonias de Chiloé, "Reumen" y sucedió en "Llo-Lleo" y otros.

Volviendo el caso de los colonos, además de entregarles terrenos malos, se les niega durante el primer año toda ayuda y se le ponen una serie de condiciones completamente arbitrarias para proporcionarles una que otra. Como gran cosa se les facilita, después de una larga tramitación, préstamos de \$ 12.000.— para que edifiquen su casa-habitación, con lo que se resiente la arquitectura rural y se obliga al colono a habitar en condiciones muy precarias.

La nueva Dirección de la Caja de Colonización Agrícola consciente del fracaso de este sistema de colonización, ha tratado de iniciar la modificación de los métodos implantados, venciendo muchas resistencias, y estudia la forma de aliviar la situación de los que se han "clavado" con parcelas de terrenos pobrísimos, alimentados por la ilusión de ser propietarios.

Y ante el fracaso que entraña la colonización parcelada ha resuelto ir a la explotación de los grandes fundos, estableciendo en ellos Colonias Colectivas, Colonias Escuelas y Colonias de Medierías, que faciliten el acceso al trabajo de la tierra a los chilenos capacitados.

La labor social y cultural merece también una atención preferente de esa Dirección y en estos momentos se prepara activamente a fin de llevar a los campos el acervo de conocimientos necesarios para dignificar al trabajador agrícola, al proletariado de la tierra, llevado a la condición de siervo por quienes diciéndose cristianos, lo han explotado en forma inicua y vergonzosa, olvidándose de que nació de una mujer y por este solo hecho, merece la consideración y el respeto de la colectividad.

minos llenos de pasto verde y piedrecillas, unos caminos pisados por los enormes pies descomunales de los negros. Y negros, negros y más negros asomándose por las ventanas y abanicándose las narices con sus pies descomunales. Idénticos negros con la misma identidad, todos ellos idénticos a sí mismos, con el mismo olor y el mismo ombligo roto, ¿cómo los diferenciará la negra, Dios mío!, la negra idéntica a todas las negras, que se acuesta con los negros idénticos a ella?

Por la ciudad, por todas partes, los caminos cruzándose y cubriéndose de lluvia. Caminos circulados por negros y autos, o caminos no circulados. Las casas no están en las casas sino en las calles, en las sillas y en los pisos botados sobre el pasto para que duerman las negras y los negritos cochinos limpiándose el hocico con una cáscara de plátano. Calles y casas sucias, con muchas puertas y ventanas, con muchos orificios, casas desteñidas por las lluvias tropicales, casas de almacenar sábanas y mugre, y negros abanicándose. Negras chiquitas y más teñidas que sus madres, con muchos negritos colgándose del cuello, de los brazos, de los pies, de los pechos y las nalgas. Y ríen las madres chiquitas con su vientre negro pronto a vomitar.

Prolongándose siempre más allá de sus comienzos, los caminos se juntan y nos llevan al hermoso río del puerto, un río soñador y limpio, completamente verde de aguas y raíces, un río dominguero para los burgueses blancos del puerto. En las tardes, algunos botes dividen sus aguas, y las niñas, niñas limpiecitas como sus madres, se abanicán las mejillas con huevos podridos.

La penúltima lluvia está cayendo, aquí, donde nunca llueve últimamente. Y las calles, los senderos, los caminos, comienzan a brillar con sus dientes de guijarro, profundamente sonoros como las hojas de los árboles. La canción de los sapos y las ranas ha principiado a sonar, una canción de pasos lentos y congruentes, desnudamente regulares, mientras la noche va viniendo con su vientre pronto a vomitar.

Todas las casas se han abierto, y todas las negras salen a ventearse con su sexo almidonado. Sus nalgas se desbordan por los chatos y crujientes pisos, y los trajes blancos y azules les asesinan los brazos y las piernas. Las luces de la ciudad se han encendido extrañamente, estas buenas luces endeables y cansadas que apenas alumbran las piernas separadas de las negras esperando a sus machos. Por todas partes mujeres completamente calientes, mostrándose y mostrando. La música chilla y enciende, una música de rumba y contoneo, una música que acaba sonando sus propios gritos y alaridos. Los marineros han comenzado a beber, unos marineros idiotas y antipoéticos, unos marineros blancos y mal hechos, marineros reales de puertos cafeteros, bananeros, comerciales y prostituidos, de oriente y occidente, unos marineros infames y carnales, que algunos poetas afeminados han hecho soñadores. El marinero del frente y del lado, ese marinero y el otro, son completamente borrachos y animales. Son la lujuria desatándose en los puertos. Pero el cine y los poetas, los comerciantes y los novelistas malos, han construido una especie de marineros lamidos y bonitos, hablando del amor y de la muerte, hablando del arte y de los

pájaros, unos marineros tan maricones como los gansos.

Buenaventura ha abierto sus piernas y sobre ellas se vacían los norteamericanos y los chilenos. Unos chilenos jóvenes perdidamente enamorados de los pechos y de las caderas de las negras. Unos chilenos que han gastado su último dólar para conseguir una negra que, como todas las mujeres, también muere cuando goza. Y se pone en la posición universal de las mujeres. Pero es negra y más hedionda.

* * *

En Buenaventura, la noche ha comenzado a germinar. En el centro del pueblo, la marimba ruge. Ruge en las calles y en las casas, una marimba hueca y comedora que va circulando por las venas, sangre adentro. La carne se enardece en esta noche caliente y peligrosa, donde cada instante es una eternidad de sexo esperando. La gente popular, la gente que vive sus impulsos y conoce sus instintos, toda esta gente corriendo, sudando y chupándose la boca, a bailar el "currulao". Los negros apretados sudan y ríen, los negros apretados y hediondos con el sudor blanco cayéndose por la cara angustiada y tirante. Las negras descalzas esperan y se manosean los pies, grandes y terribles, unos pies con mucha extensión para vivir y circular por las ciudades modernas. Y, de súbito, la marimba indígena, la música negra huracanando el aire y apagando las luces, una música sensual y empedernida, trágica y terrible, una música brotada del corazón mismo de la eternidad y de la sangre. El aire se asesina de rugidos, el aire que se moja de sudores. Y la carne tiritia y se quema, una carne primitiva, amordazada, que se liberta con sus propias llamas. Los pies se mueven ágiles y planos, pies negros girando y torturándose, y los ojos amarrados a los pechos y a la boca, mordiendo y punzando, unos ojos descubiertos en sus ansias sexuales, solos y vivos, gozándose de antemano. Y la marimba, moviéndose, alargándose, la marimba y los negros, negros fijos y rojos, tocando y tocando con sus instrumentos salvajes y nocturnos. El sudor corre por todas partes, espeso y negro, cargado de olores y deseos, el sudor del negro alerta. Los pechos se buscan y rehuyen, las piernas se abren y se cierran, los ojos se agarran a los sexos respectivos y las bocas sangran su saliva blanca y espumosa. Este baile es el coito desatado. ¡Ah! música negra, mátame, mátame con tus puñales ardiendo, música de potros y alaridos, de toros rugiendo y de sangre. Música para morir gozando. Y siempre el aire enardecido, en llamas, el aire de puñalada y pantorrilla, el aire de cuneo más allá de la muerte, como esa cara impávida y trágica de la negra más terrible del mundo, bailando y moviéndose con una majestad de hembra codiciada y enlutada, inconmovible, fría, fumando, arrugada, flaca, vieja, fea y negra, una negra atávica venida del muslo baboso de los negros.

Los hombres beben con sus hembras. Pagan y se van. Y el aire cansado secándose los sudores. Post coitum animalia tristia.

* * *

De nuevo, la penúltima lluvia derramándose sobre los negros sudorosos y sobre las calles. Lejanos aullidos penetran la noche, y en los cabarets matándose la música negra. Las luces se han apagado, y arriba

de la ciudad, muy arriba, todos los prostibulos encendidos para satisfacer a todos los marineros borrachos y a todos los chilenos jóvenes. Una música endemoniada y contoneándose, una música roja destrozando hasta los propios instintos. Cada vez, continuamente, gente subiendo a los prostibulos, y muchas negras arrojando sus vestidos cansadas de mostrar las pantorrillas. La lluvia cae con su filo de hoja, y un olor a carne quemada y seca exhalan los cuerpos. Algunos autos pasan con mujeres borrachas y calientes sentadas sobre las rodillas de los hombres, abriendo el sexo de la sombra con sus pechos estirados como focos eléctricos. A lo lejos, el eterno gemido del mar, profundo y desolado, cortando su enorme cáscara de agua.

Buenaventura, ombligo negro, hediondo y primitivo, mirándose su sexo.

V

EL PASO DEL CANAL, O LA EVOCACION HISTORICA

Ya no golpea el mar los costados del buque con sus puños salados y persistentes. Ya no hiere el viento con sus látigos desatados e infinitos. Ya no picotean las gaviotas los ojos de los peces. Apretándonos, encerrándonos sensualmente La Zona del Canal, resumen vegetal y silencioso de nuestro hermoso continente mordido por los perros indígenas y escupido por los extranjeros. Paso a paso en la sombra su camino de brotes. Paso a paso en la selva. Todo el sol del trópico desmayándose sobre las cabezas sudorosas y caídas. El calor apenas soportable en esta tierra vertical y en movimiento. América del Sur levantada y de pie entre dos mares, afirmada robustamente en sus piernas morenas y fibrosas, extendiendo sus brazos musculosos hacia las islas. De la tierra verde, caliente y lujuriosa brota el grito prolongado de nuestros pueblos desangrados. De las aguas silenciosas y pacíficas del Canal, la mueca vegetal de los franceses vencidos por las fiebres, los pantanos, las moscas y el oro norteamericano. Y de más allá, del silencio profundo de los bosques, América nuestra resucitada, América nuestra completamente América, despertándose.

¿Por qué sólo desde el Canal la reflexión se hace palabra? ¿Por qué en el Canal termina un continente y comienza una reflexión? Los pájaros callados, y la selva sin voz y sin eco. Bajo las aguas, la matriz rota de nuestro pueblo americano. La última mirada del indio triste y explotado, concluyendo en el Canal, para internarse por Panamá hacia Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, San Salvador. Para seguir hacia las islas y morir definitivamente en las inmundas cárceles públicas, que la Historia regalará en el futuro para residencia eterna de los traidores.

En medio de estas aguas quietas, doliendo América como un puñal tinto en sangre clavándose día y noche sobre el corazón y los pulmones, todo el sufrimiento de nuestra raza resumiéndose en el silencio, en este silencio de sepulcro, característica de nuestros pueblos, en este silencio doblemente silencioso, que encubre al asesino y a los generales, que encubre a las ramerías y a los explotadores. América es silenciosa como sus ríos, sus lagos, sus indios y sus revolu-

LA IDEA FIJA

(Continuación).

Un Vampiro-Relámpago trata de sacar partido de mi sueño.

Yo veo que la joven y ese vampiro alado luchan con sabiduría.

La muerte, como la idea fija del placer, llega a rondar igual a un comecabellos seductor por encima de nosotros. Yo recuerdo fechas, títulos de libros, nombres de amigas, inscripciones de lápidas, un confuso montón de cabezas infantiles y dinámicas. Los amores de Hermann y Ulrica, el viaje a Júpiter, la heroína de Cárcel de Amor, Leonoreta, mis amigas, el parque Forestal donde ahora mismo, a ayer mismo, debo entrevistarme con ayer mismo debo partir hacia las montañas para interceptar los reflejos del sol para que al fin se produzca el extraordinario fenómeno natural conocido bajo el nombre de Espectro de Blocken para que mi imagen propia, la mía, reaparezca en las nubes, pero no soy ya definitivamente el relámpago negado a todo cielo?

...
Era ya seguramente la tarde. Una luz opaca emanaba de los huesos, y esta luminosidad se extendía, como una cinta, a lo largo de la avenida, haciéndola destacarse de las tinieblas, y dejándola en relieve.

Por esta avenida, verdaderamente quimérica, se veían pasar y repasar las mujeres que servirían para la prueba del tonel. No era ellas las que ya podían defenderse de la vida, pues un vértigo de encantamientos y de amores las conducía sin voluntad, con los ojos cerrados. Bellas mujeres ramificaban el aire. El viento chocaba con fuerzas contra sus cuerpos desnudos.

Yo avanzaba dificultosamente por entre ellas, abriéndome paso como si sus cuerpos invisibles me opusieran una barrera infranqueable, y sintien-

dome nadar dentro de una red de codicias.

¿Pero, qué persuasión feliz, qué palabras de garantía fueron las que me indujeron desesperadamente a franquear el dintel de esa avenida, y a echar a caminar por ella, habiendo ya imaginaba de antemano la suerte que estaba destinada a los que se pasearan con sabiduría, prestando atención a los sueños, y creyendo hasta el final en una salvación a costa de la vida?

Porque yo me defiende de la fórmula atrozmente lisonjera de hombre alto, y "yo entiendo por eso — según Jean Paul — aquel que, a un grado más o menos elevado, junta a todas las cualidades humanas alguna cosa tan rara sobre la tierra: la elevación por encima de la tierra y el sentimiento de la incompatibilidad entre nuestro corazón y el lugar donde estamos aprisionados, el hombre que eleva sus miradas por encima de la inextricable confusión y de los incentivos repugnantes de nuestro suelo, que desea la muerte y tiene los ojos fijos más allá de las nubes".

Yo rechazo esta fórmula por todo cuanto ella puede contener de ceco religioso, es decir, de remate en un queísmo vulgar; aunque tomándola al pie de la letra en lo posible — y ésta fué la idea dominante en el romanticismo de Alemania — se puede uno trastocar en esa persona alta e incommunicable, en ese espectro disociado ya de nuestra fortaleza y de nuestra mentida carne, pero que participa de la sangre y de otra respiración, en un Espectro de Blocken de pie en el cielo, que desea la vida y tiene los ojos fijos más allá de la tierra. Acaso se comprenda que este afán de escapar a esta fórmula ha sido mi mayor preocupación.

L'AMOUR. Si se le considera co-

mo después de la muerte.

Los días pueden transcurrir en igual quietismo y no sabe uno ya qué día es aquel destinado a dejarnos penetrar a la Avenida, luminosa por la cal femenina, qué día es aquel donde las rejas de entrada estén abiertas y donde todo sea corriente y natural.

¿O no fué ayer mismo cuando me dispuse a salir efectivamente a ese sueño postergado innumerables veces? Pero el sueño es el gran derrochador de la vida, y, sin perderla, yo quiero escribir ahora inespeditamente a propósito de aquel sueño donde el tonel saturado de mujeres navegaba por un río a toda velocidad. Yo quiero escribir a todos lentitud.

...
Estábamos nosotros al pie de la montaña de nieve, y ocurría esto, con seguridad, momentos después que hice rodar el tonel. Entonces se trataba de despedir a un sabio que se iba a las montañas. El era anciano, sin ningún medio de fortuna, acaso expulsado de alguna Universidad extranjera por sus teorías, y daba la impresión de una gran dignidad. Cuando él hubo partido, yo me fui a mi dormitorio, iluminado ya por la luz del amanecer. En la pieza vecina estaba durmiendo Berenice, la hija del sabio. Ningún pensamiento sexual. Yo veía en esa habitación a los más insólitos animales, y especialmente aves monstruosas, antediluvianas. Después de algunas horas, yo la acompañé por una avenida de acacios. Ella se retiraba a su casa. Nos detuvimos en una esquina. Ella atravesó la avenida. El suelo estaba cubierto de barro, y ella avanzaba con dificultad. Un amigo se acercó a mí, preguntándome si yo la conocía. En ese momento la divisé, atravesó la ave-

nida a su vez, la cogió familiarmente del brazo, y siguió con ella. Me disponía yo a retirarme cuando este mismo amigo apareció a mi lado, reprochándome vivamente que yo hubiera pretendido engañarle diciéndole que no conocía a la hija del sabio. Al parecer, Berenice, había demostrado una gran admiración por mí.

II

Algunos días después, o ayer mismo, andaba yo por el Parque Forestal hacia Plaza Italia, cuando desde un banco se levantó una amiga mía y me dijo que me esperaba. Yo no recordaba haber concertado una entrevista. Caminamos juntos, pero en dirección contraria a la que yo seguía al principio. La llevé hasta frente a su casa. Ahí nos despedimos y ella atravesó la avenida. Caminaba rápidamente. Era un día de sol. Entonces, súbitamente recordé que yo me había citado en el mismo sueño con la hija del sabio, en el Parque y a esa misma hora. ¿De dónde entonces esta joven amiga supo que era con ella misma que yo debía estar a esa hora convenida? La volví a mirar. Ahora ella marchaba penosamente, como en sueños, o mejor, tal como en el sueño donde la cambié simbólicamente por otra mujer que no conocía aún; o más bien, ella marchaba como representando un sueño, como pisando en la vida real, con cuidado, las huellas de sus propias pisadas que había tenido la precaución de imprimir en el terreno fangoso del sueño.

Como aclaración de ese sueño diré que ninguno de sus personajes eran reconocibles en la realidad, y que yo, para no extraviarme en el laberinto, les prestaba nombres falsos, nombres de acomodo.

A.

(Continuará).

ciones. Las Constituciones también son silenciosas. Y las espadas de los militares mafan en silencio. Cuando América, cuando el pueblo americano se levante sobre sus puños y sus piernas definitivas, y rompa su silencio, ¡ay de vosotros, canallas! Entonces la palabra final de la Historia será comenzar el degüello de los políticos inmundos, de los tiranuelos babosos y grasientos, de los Judas nacionales mantenedores del orden y el asesinato, mantenedores de la muerte de los explotados, mantenedores de los prostíbulos y de las putas, mantenedores de los grandes cementerios indígenas y de las sucias cárceles públicas. Los piojos de todos los pobres os perseguirán, mulatos invertidos de la política, los piojos y los ratones sarnosos os perseguirán, tiranos.

Esta es la palabra del Canal.

En ambas riberas, verdes como siempre,

* * *

la misma intención de los primeros pasos. La misma vegetación con su himen roto. Y a cada metro, como una cadena infernal y maloliente, los cuarteles norteamericanos limpiándose al sol. Y afuera, en las galerías, los norteamericanos lavándose el culo

con los ojos y las narices de los sudamericanos muertos. Muchos cuarteles, muchos hombres extraños mofándose de los indios y de los presidentes latinos. Terrosos con sus casacas, con grandes sombreros de estrellas imperialistas, y con polainas de fajas arrollándose en sus piernas como serpientes venenosas, los yanquis fuman y miran, los yanquis comen y cagan, los yanquis juegan a los dados con los dientes de los sudamericanos asesinados, los yanquis se hacen zapatos y polainas con el cuero de los latinos agonizantes. Y un poco más allá, en frente de los cuarteles, en la otra orilla verde y mantenida, los cañones apuntando con sus bocas secas, los cañones norteamericanos, esperando. ¡Qué vergüenza, señor, qué vergüenza! ¿Dónde está América libre, América desligada y sostenida por Morelos, Iturbide, Miranda, San Martín, Bolívar? ¿Qué se hizo de esta tierra? ¿Dó se fué?

* * *

Cristóbal, puerto yanqui separado de Panamá, ciudad sudamericana con diarios en inglés. Y Colón al final, completamente lleno de policías norteamericanos, gordos de

pistolas y balas, en parejas, custodiando a las negras y los prostíbulos sucios, con muchas mujeres podridas en las puertas. Mucho ruido, mucha música cochina en estas calles de prostitutas y de cosas baratas y malas. La noche se mece con sus caderas pródigas, y el "foqui, foqui marimba" se baja los calzones. ¿Qué se puede decir, señores, de esta tierra que no es nuestra, donde todas las putas del mundo han venido a ensuciarse? ¿Y estos yanquis insolentes, fiscalizando a los norteamericanos de Sud América, y cuidando sus diversiones? ¿Qué se puede decir, señores?

La noche estira sus mallas carcomidas, y todas las luces comienzan a bailar. "Foqui, foqui marimba", "foqui, foqui marimba". Los yanquis comienzan a vigilar. Sus piernas se mueven como las patas de los bueyes cansados, a lo largo de las calles y por encima de las frutas. Los chilenos se meten en las tiendas para comprar pijamas desconocidos, batas, camisas, pañuelos y calzoncillos cortos y ligeros. Yo me paseo tranquilamente por la ciudad norteamericana. Y también me compro un pijama. Y hablo inglés.

I.